

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 21 octubre 2015

Texto de referencia: D. Prosperi – J. Carrón, «Sonríe en tus ojos un extraño cielo que no es el tuyo», *Huellas-Litterae communionis*, octubre 2015.

* *The things that I see*

* *E se domani*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

Empezamos retomando la Jornada de apertura de curso. Comienzo leyendo una carta que escribe una persona a un amigo (que luego me la ha mandado a mí), porque la considero importante desde el punto de vista del método, sobre lo que significa trabajar sobre la Jornada de apertura de curso, porque la gracia que se le da a uno es para todos. «El otro día estaba cenando con algunas personas para hablar sobre los problemas de nuestro trabajo. Como son todos del movimiento, a veces también abordamos cuestiones relacionadas con el movimiento. Ese día el tema fue la Jornada de apertura de curso que había tenido lugar algunos días antes. Como sabes, desde hace casi veinte años no participo en ninguna actividad del movimiento; aunque soy simpatizante –podríamos decir– no voy más allá. Aquella noche, poco antes de la cena, me imprimí el texto de la Jornada. No lo había leído, pero estaba muy interesado y tenía curiosidad por conocer por boca de los participantes qué indicaciones quería dar el movimiento para este año, también porque, siendo sincero, si hubiese tenido oportunidad o alguien me hubiera invitado probablemente habría ido en persona a la Jornada de apertura de curso. La discusión estuvo llena de citas y de explicaciones de algunos conceptos evocados por Carrón. No faltaron, como es habitual, las disquisiciones más o menos doctas sobre las diferencias de planteamiento entre Giussani y Carrón del tipo: “Esto Giussani lo habría dicho de otra forma”, “Es muy bonito esto”, “Es verdad cuando dice que...”. Todas ellas cosas correctas desde el punto de vista teológico e incluso intelectualmente profundas, pero que no satisficieron mi curiosidad. Mientras escuchaba, me decía a mí mismo: ¿por qué tendría que volver a interesarme? ¿Por qué no dejo definitivamente de volver a preguntarme desde hace veinte años si merece la pena todavía implicarme en una experiencia que me cambió la vida y a la que me entregué hace muchos años? ¿Por qué debería adherirme de nuevo? ¿Solo para poder aportar algo en estas discusiones que no interesan nada? Volví a casa tarde, bastante desilusionado. Permíteme una cita arriesgada del Evangelio de los discípulos de Emaús: “Nosotros sabíamos que era Él, pero...”. También yo esperaba que en aquella cena pudiese suceder algo para mí. Luego me puse a leer con atención los apuntes que había impreso, porque no podía creer que

todo terminase así. ¡Me quedé deslumbrado! Leí y releí la intervención de Carrón, y cuanto más leía sus palabras, más me conmovía. Me estaba hablando precisamente a mí, a mi situación de resistencia insistente a ese atractivo de la belleza que sin embargo me había arrollado hace años y que casi no esperaba que fuese posible para mí. No quiero correr el riesgo de repetir o interpretar la Jornada de apertura de curso, pero de repente empecé por fin a ver, como el ciego de nacimiento. Comprendí y vi lo sencillo que es en el fondo, que está hecho para mí y que ya no puedo negar este atractivo. Es sencillo porque, como se dice en un momento dado, no “podemos pensar que el método que imaginamos nosotros es más incidente que el que Dios ha elegido [...]. No podemos [...] recuperar con nuestro hacer lo que hemos perdido en la vida. Por tanto, esta es nuestra responsabilidad: no resistimos al método de Dios” (p. XIV). Es sencillo, no hay que inventarse nada. Es el método de Dios, precisamente. Nada que ver con las discusiones sobre Carrón y Giussani y sobre la corrección en la interpretación auténtica del carisma, etc., etc. Todo está dicho en la Jornada de apertura de curso. Tal vez no soy capaz de repetirlo y de explicarlo, basta con leerlo, todo está claro y es sencillo. Al igual que el ciego de nacimiento, yo puedo decir: “Solo sé una cosa: antes no veía y ahora veo”. Si me lo permites, creo que una posible síntesis de toda la Jornada de apertura de curso se resume en la frase preciosa con que termina el libro del Gius *Decisión para la existencia*, que tengo impresa en mi memoria de forma indeleble desde los primeros días, hace cuarenta años, cuando aquel atractivo me aferró: “El camino del Señor es sencillo, como el de Juan y Andrés, Simón y Felipe, que comenzaron a ir detrás de Cristo por curiosidad y deseo. En el fondo, no hay otra vía fuera de esta curiosidad deseosa que es suscitada por el presentimiento de lo verdadero” [ahora en L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 154]». Creo que esta carta plantea una cuestión fundamental de método para cada uno de nosotros, por la forma con la que trabaja –ahora es este texto, mañana será *Reconocer a Cristo*, pasado mañana *Por qué la Iglesia*– y se sitúa delante de las cosas. Lo que nos dijimos en la Jornada de apertura de curso, eso sobre lo que don Giussani insiste, es el primado absoluto del acontecimiento de la fe. Y me parece que esto nadie se atreve a ponerlo en cuestión, porque no estaría aquí, no sería leal con la experiencia inicial por la que está aquí. Pero luego, una vez que esto ha sucedido, podemos cambiar el método, como si después no hiciese falta el acontecimiento para despertar de nuevo todo el atractivo a la hora de participar en la vida del movimiento. La desilusión (que testimonia la carta) nace porque cambiamos el método, porque nos resistimos al método. Me parece fundamental que nos fijemos en esto, porque es una corrección fundamental que nos hace don Giussani al indicar la naturaleza del cristianismo. Sin esto, podemos hacer todos los comentarios que queramos, pero las personas que nos escuchan no pueden sino volver a casa desilusionadas: «Yo esperaba...». No basta con que digamos: «Es así. No es así». Podemos discutir durante horas, pero no decidimos nosotros qué es lo que aferra al otro, qué es capaz de corresponder a la espera del otro. Sucede cuando sucede. El acontecimiento –lo sabemos, ¿no?– sucede como cuenta nuestro amigo de la carta, y cada uno de los participantes en aquella cena desilusionante lo podría decir de otras ocasiones de la vida. Porque «si el acontecimiento de la fe [...] se da por descontado, y todo se reduce únicamente a

explicaciones, a dialéctica o a ética, ¿qué interés podrá despertar todavía en nosotros?», nos dijimos en la Jornada de apertura de curso. «No conseguirá atraer nuestra atención ni un minuto [ni un instante]. Porque ninguno de nuestros intentos puede producir la novedad humana a través de la cual Cristo nos fascina y nos hace interesarnos por Él» (p. VI). Lo mismo que le sucedió a Abrahán: no habría podido producir ni un solo instante esa novedad que entró en su vida. Por eso, me parece que esta contribución nos ofrece una sugerencia, una confirmación del camino.

Hola.

Hola. ¿A qué te dedicas?

Soy músico. Mi pregunta es sobre el ejemplo del payaso y la aldea de Kierkegaard. Después de haber hablado sobre ello en mi grupo de Escuela de comunidad, todavía no me queda claro. O mejor, el ejemplo en sí está claro, pero no comprendo qué sentido tiene dentro del primer punto de tu lección («Las circunstancias y la forma del testimonio»). Además del ejemplo, cito dos frases tuyas: «Y para no parecer él también [don Giussani] como un payaso, trató enseguida de mostrar la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida». O también: «Él, que conocía muy bien la doctrina católica, tuvo que preguntarse cuál era la forma más adecuada para comunicar la verdad de siempre en un contexto que estaba cambiando rápidamente» (pp. IV). Entonces, después de estas citas, resumiría así el desafío: ¿cómo, o a través de qué estrategia puedo testimoniar la verdad del cristianismo sin terminar pareciendo un payaso? Pero yo creo que lo que está en juego no es solo eso, ¿verdad?

Ya.

De hecho pensaba en la vida de muchos santos, como por ejemplo san Pablo. Cuando habla en el areópago de Atenas, los Hechos de los Apóstoles nos cuentan: «Al oír “resurrección de entre los muertos”, unos lo tomaban a broma, otros dijeron: “De esto te oiremos hablar en otra ocasión”» (Hch 17,32). Diría que de algún modo también Pablo fue tomado por un payaso. Y sin embargo, continúa el texto, «algunos se le juntaron y creyeron». El mismo Jesús pasó por eso, incluso peor, como podemos leer en el Evangelio: «Le desnudaron, le pusieron un manto escarlata, hicieron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Luego, arrodillándose ante él, se reían de él: ¡Salve, rey de los Judíos!»». Pero Él siguió adelante y salvó al mundo igualmente. Parece casi inevitable tener esta imagen de payaso. Entonces, ¿por qué esta insistencia en la figura del payaso?

En tu opinión, ¿por qué insiste Giussani en que las circunstancias son decisivas para la definición de nuestro testimonio? Hay que estar atentos para no confundirnos. Los ejemplos del Nuevo Testamento que tú mencionas indican un aspecto muy verdadero: que siempre es posible rechazar la verdad como tal. Al entrar en relación con san Pablo, con Jesús, contigo o conmigo, las personas pueden adherirse o no adherirse. Pero yo –yo–, antes de llegar, me tengo que preguntar si la forma con la que digo la verdad es adecuada o no a las personas, como hacía don Giussani. Muchas de las personas que conocieron a Giussani habían recibido la

predicación de la Iglesia, pero ya la habían descartado. Lo dicen ellos mismos y lo dice don Giussani: cuando llega al Berchet muchos estudiantes eran hijos de padres cristianos, habían participado de algún modo en la vida de la Iglesia, y habían renunciado a ella. Entonces, ¿por qué después se sintieron llamados de nuevo por la forma con la que don Giussani testimoniaba la fe? Porque percibieron que su testimonio era más pertinente para responder a las exigencias de su vida. Ellos ya habían recibido el anuncio cristiano, pero no percibían ya que fuera pertinente a la vida. Por eso don Giussani insiste en que no todas las formas de testimonio son igualmente pertinentes. ¿Por qué? Porque la fe se concreta en una circunstancia histórica real. Y todo el esfuerzo del Concilio Vaticano II no consistió en cambiar la doctrina, sino en buscar una forma más adecuada para comunicarla en un contexto histórico cultural que había cambiado. ¿Entendéis? Esto no quiere decir que, incluso ante el testimonio más verdadero (como los que has citado de san Pablo y Jesús) uno no pueda decir que no, faltaría más; cualquier desafío de la verdad puede ser rechazado, porque se dirige a la razón y a la libertad de la persona. Pero antes de echar la culpa a los demás porque la rechazan, yo me pregunto muchas veces si la forma con la que la he anunciado a otra persona ha sido la más adecuada. Quiero estar seguro de que la rechazan no porque la forma de mi testimonio sea inadecuada, sino porque responde a una decisión de la libertad.

Pero en este caso, ¿no existe el riesgo de medirse con el éxito del anuncio?

No es un problema de medida. Es una conmoción por el otro. A un padre, ¿no le gustaría comunicar la verdad a su hijo de forma persuasiva? Piensa en ti mismo: cuando enseñas música, ¿no te gustaría hacerlo de modo que despertaras en tus alumnos la pasión por ella? ¿Cuántas personas conoces que rechazan la música porque han sido introducidas en ella de forma manifiestamente inadecuada? Lo sabes perfectamente. Este es el problema. Es un problema real. Otra cosa es que, aunque uno se encuentre ante el mejor profesor de música, pueda rechazarla igualmente. La libertad última del otro no se discute. Pero esto no elimina en ti el deseo de mejorar y de verificar continuamente la forma de tu comunicación para despertar la pasión en tus estudiantes. ¿Sí o no?

Sí, gracias.

Y esto la gente lo entiende perfectamente.

Soy enfermera. Hace algunas semanas, antes de la Jornada de comienzo de curso, pasé algunos días en el trabajo en los que me invadía constantemente una exigencia de significado sobre mi tiempo en la planta en la que trabajo, que pide ocupar un espacio cada vez mayor en mi vida. Sin embargo, en algunos momentos esta exigencia derivaba en una duda: ¿será este el lugar adecuado? O también: ¿estaré construyendo algo de verdad? Una mañana me llamó la jefa de planta para hablar sobre una propuesta de estudio, y antes de irme de su despacho me paró y me dijo: «Espera, tengo que decirte algo importante». Yo, en mi estupidez, pensé: me va a echar la bronca...

¡Algo habrías hecho!

Exacto. En cambio, me mira y me dice: «En estos meses que llevas trabajando aquí te he observado mucho, y me he dado cuenta de una cosa: cuando estás en el trabajo se crea un clima distinto, conseguimos trabajar juntos. Cualquiera de nosotros, desde la señora de la limpieza, tus compañeras enfermeras o el mismo cirujano, desean verse arrastrados por tu fiebre de vida. Y esto sin que hagas o digas nada en especial, porque eres la que acaba de llegar y tienes todavía mucho que aprender. Pero lo que siempre ha faltado por desgracia en este lugar es un trabajo en equipo. Todos son muy capaces y están muy preparados, pero muchas veces son incapaces de acoger al otro. Tú eres el regalo que tanto esperábamos». Yo me quedé sin palabras. En ese momento entró un médico para pedirme que hiciera una transfusión, y en un instante me vi de nuevo envuelta en la vida de la planta. Enseguida pensé: esta es la medida con la que Tú me miras; no la medida con la que yo me miraría, sino la medida con la que me miras Tú, y yo me quedo asombrada, tanto como mi jefa de planta, de lo que Tú haces con mi vida. Y sin embargo no es suficiente, yo querría amar más a esta mujer, querría amar más a mis compañeros, querría amar más este lugar. Cuanto más signo es la vida de que la relación con Él es infinita, cuanto más le reconozco ante mis ojos, más crece en mí el deseo de Él. El testimonio debe coincidir con este asombro ante Él y esta necesidad de estar de nuevo y más junto a Él, justamente como describes en la Jornada de apertura de curso hablando de los apóstoles: no se trata de un quehacer, ni de decir las palabras adecuadas, sino de dejarse arrastrar por el asombro. Yo veo que esto es lo que me está haciendo generar allí donde estoy.

Y por ello no debes dejar de hacer tu oficio, porque lo que asombra es justamente el modo de hacerlo. El testimonio no es «no hacer», sino «hacer de forma distinta» las cosas habituales, con la novedad que introduce en la vida mirarle a Él. Y entonces las personas lo reconocen porque, como decíamos antes, no te perciben como un payaso, sino como el regalo que tanto esperaban: conocer a una persona que, al vivir así – porque solo tú sabes cuál es el origen de la novedad que llevas en ti– es para todos. Esta es la forma del testimonio: una presencia pertinente a las exigencias de lo que los demás viven.

Te estaría muy agradecida si pudiésemos profundizar en la cuestión de que las circunstancias son un factor esencial, fundamental de la propia vocación personal, porque no consigo quitarme esto de la cabeza. Necesito entender qué quiere decir que las circunstancias, en especial las que más hieren, son preciosas porque a través de ellas el Misterio nos llama a Sí. Más que necesidad de entenderlo es necesidad de poder aceptarlo.

En primer lugar, de poder mirarlo. Antes de cualquier otra consideración, las circunstancias suceden, son el modo a través del cual el Misterio te llama a responder. Ya sean bonitas o feas, las circunstancias nos llaman. Por eso don Giussani nos ha introducido siempre en la vida diciendo que la vida es vocación, que la vida es la llamada que el Misterio nos hace a través de las circunstancias. Por eso son un factor esencial del modo con el que somos llamados. No es que Dios te dé ciertas circunstancias y luego te llame en otro sitio; te llama a través de las circunstancias que te pone delante. ¿Y cuáles son las circunstancias más sencillas,

más claras? Las que son inevitables porque, al no haberlas elegido tú, puedes estar segura de que te las da el Misterio. El Misterio no te prepara primero para un evento y después te lo da; permite la enfermedad, por ejemplo, y luego te da todo el tiempo para comprender su significado. Te llama. Si no fuera así, nunca lo entenderíamos, porque nadie entra en estas cosas con la imaginación; entra en ellas porque la vida le llama a vivirlas. Y de este modo, si se acepta reconocer las circunstancias como la llamada de Otro, uno puede descubrir no una serie de factores que en el fondo no tienen rostro, sino que detrás de la realidad –y esta es la primera cuestión– está el rostro bueno del Misterio que te está llamando. Todavía no sabes a dónde te podrá llevar, te puede parecer que aparentemente están “en contra”, puedes no ser capaz de entender; pero por lo que te ha sucedido en la vida, al vivir esas circunstancias no puedes evitar reconocer la Presencia que te las da. Y esto abre «procesos nuevos», como dice el Papa, abre el camino. La fe no te ahorra la relación con la realidad, la fe te da la compañía de Cristo presente en la compañía de la Iglesia para ayudarte a descubrir el significado de lo que vives. Es crucial. En este caso, ¿qué significa para ti? Que cuanto más te hieren las circunstancias más desproporcionada te sientes, y más llamada eres a reconocer el Misterio que te las da y que te permite vivirlas de forma humana. ¿Quién podría vivir, como tú dices, las heridas más profundas sin la compañía de Otro? ¿Y cómo descubres esto? A través de las circunstancias, porque cuando la vida te aprieta tienes la posibilidad –no hay nada mecánico– de abrirte al Misterio que se da a conocer también a través de esto. A través de un Tú.

Como ya te he escrito, si hay algo que no soporto, me pone mala, es ver cómo las canciones escritas para un hombre o para una mujer se trasladan a un significado más “alto”.

¡No, no y no! Quiero explicar bien esto: no se trasladan a otra cosa. Yo las hago cantar para explicar –luego sigues con tu intervención– que ya en el nivel elemental de la vida tenemos la percepción clara de que la presencia de un tú (con minúscula) no es algo que estropea la autonomía del yo, sino que hace que sea más él mismo. Esto lo sabemos ya en el nivel elemental de la experiencia humana, mucho antes de que Dios se vuelva un Tú encontrable. No invito a cantar *La mente torna* para que penséis inmediatamente en Cristo. No. Lo hago para que penséis sobre todo en lo que cantamos. Porque vivimos en una mentalidad en la que la persona está encerrada en sí misma, se concibe de forma individualista como autonomía total, sin vínculos. En cambio, hace falta empezar a ver que en la experiencia común todos reconocen que «si tú no estás, yo no soy yo». Y si esto sucede en la experiencia común, imagínate cuando el problema de la vida empieza a crecer, cuando la urgencia de la vida se vuelve más apremiante.

Entonces, la Jornada de apertura de curso empieza con una canción así, como también esta noche...

También esta noche: ¡era para ti!

Reacciono enseguida con un poco de malestar y pienso: ¡qué experiencia tan fascinante la de Battisti y Mogol, que escriben estas cosas para una mujer! Se trata de una experiencia concreta, real, deseable. En cambio, pensar en un Tú con mayúscula me parece un “menos”. Luego la Jornada de apertura de curso

siguió adelante, dejé a un lado enseguida mi malestar y escuché. Había ido con mis amigas, me quedé muy impresionada por muchas cosas que dijiste, y todo fue bien, estaba muy contenta. Pero cuando he retomado el texto para la Escuela de comunidad, ha vuelto a aparecer este malestar y he pensado: ¿por qué un Tú me parece menos? Me sentí un poco, por retomar el ejemplo del payaso, como un payaso ante mí misma, como si mi experiencia de fe no fuese creíble (¡ni siquiera para mí!). Esta es mi pregunta. La primera respuesta que se me ha ocurrido es un dicho bastante estúpido, que ni siquiera dice exactamente lo que trato de explicar, pero es lo primero que me ha venido: más vale pájaro en mano que ciento volando. Más allá de que no es exactamente lo que pienso, me ha hecho pensar enseguida que para mí el Tú no es una presencia que tenga hoy en la mano.

Reconocer esto supone ya un paso. La primera cuestión es dejar abierto este malestar y empezar, como has hecho hoy, a tener la libertad de mirarlo. Y si sigues dejando abierta esta pregunta sin arrinconarla, veremos lo que descubres. Porque cuanto más viva está en nosotros una pregunta, más fácil nos resulta interceptar la respuesta. Si quieres una sugerencia: empieza a mirar tu vida, a mirar cuándo has hecho experiencia de un tú que ha abierto el paso hacia el Tú. En los Evangelios vemos que muchas veces el encuentro con Jesús abría a las personas a otra cosa. Veían un milagro y decían: «Demos gracias a Dios...». ¿Por qué piensan en Dios si solo tienen ante sí un tú humano? Hay momentos de la vida en los que ese tú lleva algo tan desbordante que no remite al futuro, sino que está tan presente en la experiencia que tienes que te resulta fácil reconocerlo. Pero nosotros muchas veces no nos damos cuenta de esto. ¿Por qué? Porque damos todo por descontado. Muchas de las cosas que nos contamos cada día –por ejemplo, como acabamos de escuchar, el asombro de los compañeros por una presencia distinta en el trabajo– hablan de una sobreabundancia que ven los demás; quizá no llegan inmediatamente a reconocer el Tú, pero no pueden dejar de reconocer algo distinto, que es signo de este Tú. ¿Cómo puede expresarse el Misterio, de modo que pueda ser reconocible en la experiencia presente sin necesidad de saltos mortales? A través de la sobreabundancia que aparece en una experiencia humana. Pero con frecuencia llevamos a cabo una reducción ya en el momento en que escuchamos estas cosas. Y por eso después, cuando nos encontramos frente a una afirmación como la del Tú con mayúscula, nos parece, como dice Giussani, una fábula. Por eso cité su frase: «Cuando uno se levanta por la mañana, cuando se le presentan dificultades y desilusiones, inquietudes o contratiempos, la imagen de Otro [con mayúscula] que acompaña [la vida] [...], que desciende hasta él [tal como es] para restituirle ante sí mismo, es como una fábula» (*El rostro del hombre*, op. cit., p. 31). Entonces, el primer paso es reconocer el malestar, porque este es el problema de la fe, como tú has dicho. Y esta es la gran cuestión por la que estamos juntos: para ayudarnos a reconocer a este Tú. Que es lo mismo que expresa otra pregunta que muchos me han hecho: ¿Cómo educar la memoria? Como me decía una universitaria hace algunas semanas: «He tenido que pararme y mirar lo que estaba sucediendo». Me parece una expresión laica de lo que normalmente identificamos (archivándolo a menudo como algo ya sabido) con la palabra «memoria». Pararse para ver hasta el fondo qué hay dentro de la experiencia que hacemos, dentro de las relaciones que

tenemos, de las cosas que nos contamos como testimonio. Pararse y mirar, sin sustituir este mirar por un pensamiento abstracto. No. Mirar lo que está sucediendo, como decía la primera carta que he leído esta noche: antes no veía y ahora veo. De este modo empiezo a ver lo que hay, no tengo que inventármelo ni hacer un triple salto mortal para pensarlo. ¡Está! Pero muchas veces se me escapa. Por eso hace falta el trabajo de la memoria: pararse y mirar. Este es el trabajo de la memoria: pararse y mirar. Os pregunto: ¿cuánto dedicáis a este trabajo? ¿Quién se sorprende parándose a mirar? Sin este trabajo todo desaparece, las cosas que se nos dicen no incrementan la conciencia de la concreción de este Tú. Y cuando llega el momento de la prueba constatamos que cualquier otra cosa nos parece más concreta que este Tú. Pensad en los discípulos: ¿creéis que cualquier cosa de la experiencia humana normal de la vida era más concreta que la diferencia humana que veían cuando se encontraban ante Jesús? Pero esa misma diferencia, ¿no la encontramos constantemente delante de nosotros, entre nosotros, en muchas ocasiones? ¿O acaso es imaginación?

Soy padre de cuatro hijos. La última, de cuatro años, llegó cuando yo tenía cincuenta años, por tanto un bonito regalo. Fue para nosotros una sorpresa que nos descolocó desde el principio, que nos pide un esfuerzo cada día, pero que ciertamente es un don cotidiano. Un día como cualquier otro, agotador y lleno de preocupaciones varias, la pequeña le pidió a mi mujer que jugara con ella. Mi mujer estaba ocupada haciendo otra cosa. Haciendo un esfuerzo para dejar lo que estaba haciendo, se puso al lado de mi hija para jugar, pensando en los problemas que hay siempre en una familia de seis personas. En un momento dado, la pequeña le dijo: «Mamá, ¿me cuidas con la cara contenta?».

¡No se conforma con cualquier cosa! ¿Lo veis? Esta es la clave. Los niños lo pillan al vuelo, no son títeres sin cabeza. ¡Su detector se pone en marcha enseguida!

Mi mujer, que hasta ese momento se sentía con la conciencia tranquila porque, a pesar de todo, conseguía dedicar tiempo a todos y también a la más pequeña, se quedó descolocada por esa pregunta. Como nos dices tú, nos descentró enseguida y nos dejó con la boca abierta. Y esa pregunta, aquella tarde, ha cambiado literalmente nuestra forma de estar con ella y con nuestros otros hijos. La pequeña había expresado a su modo mi misma necesidad y, estoy convencido, la necesidad de todos, como nos dices tú. Es justamente así: el testimonio no es ser mejores –los que me conocen saben que en esto fracaso siempre–, sino en estar más contentos, en ser más felices, como diría la tradición cristiana. Esto me permite comprender también que no es algo que dependa de mi hacer, sino que se trata de ser, es un don, yo no conseguiría hacerme más feliz ni siquiera un minuto. Nace de una sobreabundancia, de algo que se da antes. Es un ser felices porque reconocemos un don. Es algo estructural, es lo que yo soy. No está garantizado por superestructuras que facilitan el hacer y que no te hacen más feliz. Como nos estás diciendo estos días, este episodio nos ha permitido tocar con nuestras manos que el testimonio nace de una libertad que encuentra algo tan fascinante que hace que te entren las ganas de moverte de tu sopor, del

aburrimiento y también del sentimiento de que todo está en su sitio. Nace de un Tú que te hace apasionarte por tu yo, un Tú que vuelve mi yo fascinante ante todo para mí mismo.

Gracias. «Nace de una sobreabundancia». Esta sobreabundancia es lo que testimonia la presencia de Otro, porque no podemos dejar de reconocer que no nos la damos nosotros, que no la producimos nosotros. Es un don. Y los demás lo reconocen. Me contaba una persona que uno de sus hijos había ido a un congreso a Estados Unidos y, nada más llegar, una persona de allí le preguntó: «Pero, ¿tú eres de CL?». «Sí, ¿cómo lo sabes?». «Porque siempre estáis contentos». La gente percibe enseguida esta diferencia, esta sobreabundancia, que no es, obviamente, porque seamos más majos, sino por una presencia que documenta el Tú a través de una forma de estar en la realidad que de otro modo sería imposible. La gente que se encuentra con nosotros «encuentra algo tan fascinante que hace que te entren ganas de salir del sopor». De aquí nace la moralidad. Te entran ganas de meter las manos en la masa, de comprometerte con las cosas, de cambiar.

Acabo de empezar mi último año de universidad, y poco a poco me estoy dando cuenta de que puede ser un año distinto según me ponga de una forma u otra delante de la realidad. Es un periodo de transición. Estoy viendo a mis mejores amigas, que se gradúan y se casan, y de golpe están desapareciendo en el día a día las relaciones que antes estaban presentes. Además he empezado a preguntarme de verdad qué es lo que hace actuales y nuevos los gestos en los que participo casi por rutina. Fui a la Jornada de apertura de curso y experimenté una envidia loca por los protagonistas de los ejemplos que contabas. Vislumbraba una excepcionalidad que me hacía desear una sencillez de corazón como la suya. A partir de ahí, he empezado a hacer un trabajo nuevo y continuo sobre el texto publicado, justamente para entender más a fondo esta excepcionalidad que después de años de movimiento me ha vuelto a invadir. Podría citar todas las frases que han sido significativas a lo largo de estos días, pero en especial me ha impresionado y provocado esta: «Cuando nos complicamos la vida y la relación con la realidad genera en nosotros una violencia, no es porque [...] todo esté mal o todo sea malo. ¡No, no! El problema es que falta el Tú, ese Tú que hace posible que todo –¡todo!– llegue a ser amigo» (p. X). Esta búsqueda del Tú como punto central ha aclarado de hecho lo que se me pide, despertando en mí el deseo de ver de forma carnal los signos de Su presencia en lo que hay, en las personas que todavía están en la facultad, en los que tengo delante. Me he sentido llamada personalmente ahí, como si Jesús quisiese hacerme caminar justamente ahí. En estos días me han presentado a una alumna de primero que no conocía el movimiento y que se acaba de mudar a mi ciudad. Estuvimos hablando un rato y al final la invité a la Escuela de comunidad, porque me quedé impresionada por su entusiasmo a la hora de hacer todo. Al final del gesto vino y me dijo: «No quiero irme nunca de aquí, porque me siento protagonista de una historia enorme». Ha decidido seguirme a todas partes y ha empezado conmigo la caritativa, y ha sido la primera en inscribirse a la Escuela de comunidad porque está agradecida por el encuentro que ha tenido. Al pensar de nuevo en cómo he empezado el curso, me doy

cuenta de que es mucho más conveniente el método de Dios que el mío. Dejándome llevar un poco por su obra, he descubierto que Él, al contrario que yo, no alimenta mis razonamientos para responder a mis preguntas y a mis miedos, sino que impone su grandeza a través de los hechos (como el encuentro con esta chica). A través del entusiasmo de esta chica he vuelto a ver el entusiasmo de comenzar; a través de sus ojos descubro cada día la grandeza de la historia que he encontrado, y la ayuda tan grande que es para mi vida. A partir de aquí, estoy comprendiendo cada vez más el valor del testimonio del que tú hablas. Los tres puntos indicados no los he visto como reglas a través de las cuales convertir a personas nuevas después de conocerlas, sino como instrumentos a través de los cuales convertirnos nosotros en primer lugar y ser continuamente perturbados. Solo por esto es posible encontrar y dejarse cambiar por el último que ha llegado.

Gracias. Este es el método de Dios, que nos hace conocer a una chica y nos la da con este entusiasmo: «No quiero irme nunca de aquí»: y se implica enseguida con todo. El cambio se produce en ella justamente a través de ese sobresalto, de esa chispa que se ha encendido en ella y que la cambia más que cualquier otra cosa. Y tú unes esto al método de Dios. ¡Ojalá prestásemos atención a cómo actúa Dios! Solo con tus fuerzas no la habrías convencido ni atada. En cambio el método de Dios, que nos parece que incide demasiado poco, es el único que cambia de verdad la vida de las personas y genera la comunidad cristiana. Como dicen los *Hechos de los Apóstoles*: se incorporan nuevos miembros a la comunidad cristiana, es decir, a esta amistad que vivimos. Por eso comprender el método hace que todo nos resulte más fácil, porque si no es así nos perdemos lo que el Misterio nos da. Porque, amiga, ¿qué más te podía dar el Misterio para empezar este curso especial para ti, que una chica que te desafiase así, que se volviese un testimonio para ti?

Hace algunas semanas conocí a una mujer anciana que estaba enferma. Fui a verla y me dijo: «Tenía ganas de verte, de hablarte, de escucharte, porque ya no pienso en Dios, de vez en cuando me peleo con esto». Y luego me dijo: «Mira, yo he hecho muchas cosas en la vida». Entonces la miré un poco así y me dijo: «Pues sí, cuando era joven tenía dentro de mí un deseo de transgresión, sobre todo sexual, y me liaba, y he hecho muchas cosas que no estaban bien, he tenido incluso abortos». En ese momento me conmoví ante ella, no conseguía marcharme –porque si estaba yo Dios no se iba–, me acerqué, estiré los brazos y la abracé. Me dijo: «Eres la única persona con la que me siento libre para hablar de estas cosas». Y añadió: «¿Cómo se hace para entrar en CL? Me gustaría entrar. Además, tienes que venir un día a cenar, te preparo lo que más te guste». En ese momento no respondí, no sabía qué decir. Hace dos días me llamó y me dijo: «Quería escuchar tu voz, te echo de menos. ¿Cuándo vuelves?». Me he conmovido de verdad, porque esta es la pregunta de la vida a mi vida: ¿hay alguien en tu vida sin el cual no puedes vivir? Hasta el punto de preguntar: «¿Cuándo vuelves?», porque, si no vuelves, no es vida.

«¿Cuándo vuelves?». ¡Todo está aquí! La moralidad de la persona se despierta por una relación. Incluso una persona con una historia así a sus espaldas –que pensarías que no se puede mover ni con grúa– pueda verse

movida “dentro” de un encuentro que abre de nuevo un camino. Estos ejemplos tan extremos nos permiten comprender que incluso en situaciones en las que todo se derrumba, en donde ni siquiera se sienten los remordimientos más elementales, se puede empezar de nuevo la partida. Pero, ¿cómo empezar de nuevo la partida? Tenemos que mirar cómo la empieza Dios. Porque a veces, al intentar empezarla con nuestros métodos, lo estropeamos todo. Por eso en la Jornada de apertura de curso hablábamos de la preeminencia del Acontecimiento con respecto a la ética; y no porque queramos eliminar la ética, sino porque la ética nace del Acontecimiento. De hecho, cuando falta el Acontecimiento, decae completamente la ética. No llegamos a ser más morales porque nos hagamos más reclamos morales, es necesario que suceda. «¿Cuándo vuelves?». Lo hemos escuchado esta noche en muchos ejemplos: el deseo de moverse, el deseo de cambiar, ¿de dónde nace? ¿De dónde nace en cada uno de nosotros? Cada uno debe mirar dentro de sí qué es lo que le hace ponerse en movimiento, de dónde nacen las ganas de dar un paso distinto en la vida. Porque solo si sucede este origen puede nacer la moralidad, como nos ha enseñado siempre don Giussani. La moralidad nace delante de la Presencia. La moralidad nace de la fascinación de sentirse abrazados así, como Zaqueo o Mateo. O Pedro, que después de haberse equivocado escucha que Jesús le pregunta: «¿Me amas?». Se trata de un desafío ante todo para nuestra mentalidad: ¿de dónde pensamos que podemos partir para cambiar, nosotros y los demás? Solo es posible empezar si nos paramos y miramos lo que hace el Misterio: «¿Crees que puedes cambiar a tu modo? Te desafío. No es que Yo no conozca cuál es la situación del hombre, no es que no te conozca. Si he hecho lo que he hecho, es porque este método es el único modo para hacer resurgir el yo, incluso de las propias cenizas».

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 18 de noviembre a las 21 horas. A partir de ahora empezamos a trabajar sobre *Reconocer a Cristo*, que es la segunda lección de los *Ejercicios de la Fraternidad*. Esto no quiere decir dejar de lado tantos ejemplos que nos pueden ayudar a comprender también ese texto. Empezamos por la lección de don Giussani porque muchas de las cosas que nos hemos dicho en la Jornada de apertura de curso tienen que ver, como veréis, con lo que allí se dice. Nos ayudará a comprender con más claridad lo que nos hemos dicho en la Jornada de apertura de curso, es decir, cuál es el método de Dios y cuál es el modo con el que lo puedo reconocer: la correspondencia, que nos permite reconocer la presencia del Misterio. ¿Por qué? Porque mueve la totalidad del yo, porque regenera mi yo. Porque en este momento histórico en el que vemos cómo se derrumba todo, lo único que no se derrumba son estos “yos” que vemos, que son el testimonio de Su obra en medio de nosotros y que despiertan a otros. Y de este modo empieza a cambiar de nuevo la realidad. Por eso seguimos en el mismo camino, en la misma línea que estamos recorriendo abordando ahora *Reconocer a Cristo*. Para la siguiente Escuela leeremos de la página 63 a la 75 del cuadernillo de los *Ejercicios*.

Para los próximos meses el Libro del mes será *La bellezza disarmata*. Este libro es un intento de ofrecer las razones de la experiencia que estamos viviendo ante tantos desafíos, como he tenido oportunidad de decir,

por ejemplo, en la entrevista al Tg2 Mizar, que podéis ver en la web de CL. El 5 de noviembre haremos la presentación del libro en Roma. Participarán conmigo el cardenal Tauran y Luciano Violante. Coordinará Roberto Fontolan. Será posible seguir el evento en directo por *streaming* desde nuestra web. Dará comienzo a las 18,30.

Para promover u organizar encuentros públicos de presentación del libro en vuestras ciudades el punto de referencia es la asociación italiana de Centros Culturales.

Este año la campaña de Navidad de AVSI tiene por título: “Refugiados y nosotros. Todos en el mismo camino”. Queremos recoger el llamamiento del papa Francisco, que nos invita a aceptar el desafío de la historia que estamos viviendo y a acoger a los refugiados. Vemos ya el ímpetu de muchas personas y comunidades que quieren tomar la iniciativa. La campaña de Navidad es un instrumento y una propuesta para implicarnos en esto. La campaña de AVSI tiene la intención de sostener algunos proyectos, en particular en Sudán del Sur, Iraq, Siria, Líbano, Jordania e Italia. AVSI ha realizado también un nuevo e importante servicio, que se llama Network#ProfughiEnoi. Como el tema de los refugiados es complejo y delicado, porque hay cuestiones jurídicas que no son de nuestra competencia, AVSI se propone con esta iniciativa colaborar con realidades y sujetos que a distinto nivel está ya en marcha en el territorio nacional en el tema de los refugiados y dirigir a estas realidades tanto a quien desee comprender qué está sucediendo como a quien pida una sugerencia para ayudar de forma concreta. En la web de AVSI podéis encontrar de forma más detallada la información sobre esta iniciativa.

Además de la campaña de Navidad de AVSI, os recordamos que el movimiento indica en particular como gesto de caritativa la Jornada nacional de recogida de alimentos, que este año tendrá lugar el sábado 28 de noviembre.

Por último os recuerdo que está disponible una dirección de correo electrónico a la que podéis enviar preguntas e intervenciones breves sobre la Escuela de comunidad. Os pido que las mandéis antes del domingo por la noche previo a nuestro encuentro, de modo que pueda tener tiempo para leerlas. La dirección es: sdccarron@comunioneliberazione.org y os ruego que lo utilicéis solo y exclusivamente para la Escuela de comunidad.

Recemos por el Papa y por el Sínodo de la familia, que está concluyendo.

Veni Sancte Spiritus